Rojo y Blanco



Número 19.

DORNALECHE Y REYES
Editores.

LOS REPUTADOS VINOS Campistegy



DAMAJUANA DE 10 LTS. $1.50

COLONIA N° 96

LOS DOS TELÉFONOS



DOCENA $1.80

ASOCIACION RURAL DEL URUGUAY

LABORATORIO DE QUIMICA AGRICOLA

MONTEVIDEO

ANÁLISIS NUM. 34

VINO TINTO PROCEDENTE DE LAS PIEDRAS, GRANJA LA ORIENTAL, DE J. CAMPISTEGUY Y CÍA.

Alcohol en volumen °/o	10.1
Alcohol en peso °/oo	81.32
Acidez en $So^4 H^2$	5.72
Bitartrato de potasa °/oo	2.29
Sulfato de potasa °/oo	0.807
Materias reductoras °/oo	1.368
Extracto seco á 100.° °/oo	21.36
Coloración seco 2.° rojo (amarillento)	2.° R.
Intensidad	317
Relación del alcohol al extracto	4.02
Suma alcohol-ácido	15.82

OBSERVACIONES. — Gusto agradable, un poco aromático, bien clarificado, bastante color.

Las relaciones de los elementos están dentro de los vinos naturales.—**Muy bueno.**

Teodoro Álvarez. — J. Frommel.

ASOCIACIÓN RURAL DEL URUGUAY

LABORATORIO DE QUIMICA AGRICOLA

MONTEVIDEO

ANÁLISIS NÚM. 35

VINO TINTO DE LAS PIEDRAS, GRANJA LA ORIENTAL, DE J. CAMPISTEGUY Y CÍA.

Alcohol en volumen °/o	10.3
Alcohol en peso °/oo	82.96
Acidez en $So^4 H^2$ °/oo	6.51
Bitartrato de potasa °/oo	2.37
Sulfato de potasa °/oo	0.726
Materias reductoras °/oo	1.59
Extracto seco á 100.° °/oo	27.35
Coloración 2.° rojo amarillento	2.° R.
Intensidad	275
Relación del alcohol al extracto	3.18
Suma alcohol-ácido	16.81

OBSERVACIONES. — Gusto agradable, perfumado, límpido, b·stante color.

Las relaciones de los elementos están dentro de los límites de los vinos naturales. — **Bueno.**

Teodoro Álvarez. — J. Frommel.

ASOCIACIÓN RURAL DEL URUGUAY

LABORATORIO DE QUIMICA AGRICOLA

MONTEVIDEO

ANÁLISIS NUM. 36

VINO TINTO PROCEDENTE DE LAS PIEDRAS, GRANJA LA ORIENTAL, DE J. CAMPISTEGUY Y CÍA.

Alcohol en volumen °/o	11.2
Alcohol en peso °/oo	90.2
Acidez en $So^4 H^2$ °/oo	6.07
Bitartrato de potasa °/oo	1.01
Sulfato de potasa °/oo	0.788
Materias reductoras °/oo	1.19
Extracto seco á 100.° °/oo	27.28
Coloración 1.er rojo amarillento	1.er R.
Intensidad	252
Relación del alcohol al extracto	3.43
Suma alcohol-ácido	17.27

OBSERVACIONES. — Gusto muy agradable, aromático, límpido, mucho color. — **Bueno.**

Relaciones de los elementos dentro de los límites de vinos naturales.

Teodoro Álvarez. —J. Frommel.

ASOCIACIÓN RURAL DEL URUGUAY

LABORATORIO DE QUIMICA AGRICOLA

MONTEVIDEO

ANÁLISIS NÚM. 50

VINO TINTO PROCEDENTE DE LAS PIEDRAS, GRANJA LA ORIENTAL, DE J. CAMPISTEGUY Y CÍA.

Alcohol en volumen °/o	10.2
Alcohol en peso °/oo	82.14
Acidez en $So^4 H^2$ °/oo	4.80
Bitartrato de potasa °/oo	2.74
Sulfato de potasa °/oo	0.541
Materias reductoras °/oo	rastros
Extracto seco á 100.° °/oo	31.60
Coloración 2.° rojo	2.° R.
Intensidad	357
Relación alcohol al extracto	2.64
Suma alcohol-ácido	15

OBSERVÁCIONES. — Las relaciones de los elementos dentro de límites de vinos naturales.

Teodoro Álvarez. — J. Frommel.

Sección amena

Á cargo de Blas Mil

FRASE HECHA

L Rosas A Violetas Espinas V Camelias I Hojas D Dalias A

NOVEJARQUITO.

COLMENA NUMÉRICA

6 5 6	Nombre de mujer
3 4 6	»
2 3 4 5 6	»
1 2 3 4 5 6	»
1 3 2 3 4 6	»
6 3 4 1 4 6	»
2 3 4 6	»
2 3 2 5 6	»
1 2 3 4 6	»
3 4 5 6	»
3 4 3 6	»
3 4 1 4 6	»

SISEBUTO 5.º

JEROGLÍFICOS

1

NOTA
NA

UNA TURQUITA.

2

Para Blas Mil.

CIUDAD MARTES

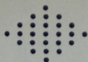
CHARAMUSCA.

ENIGMA

Soy la hembra de una fiera. Mi esposo vive en el monte: yo vivo en el cielo

TURQUESA.

ROMBO



Consonante.
Mineral.
Verbo.
Cacique.
Sustancia resinosa.
Capital.
Consonante.

MIMOSA.

CHARADA

Á Matusalén.

Con los años que tu tienes
Harás buena *prima tres*,
Y rosquitas delicadas,
Que me gustan con el te,
Si tres cuatro bien cocidas
Mándame unas cuatro ó seis.
Mas se me ocurre una cosa
Que remediar no podréis:
¿Si tienes el horno frío,
Como las vais á cocer?
Necesitas de mi auxilio
Y te voy á proteger,
Mandándote *dos tercera*
Para poderlo encender
La receta que me pides
No la puedo despachar;
No la considero propia
De los hombres de tu edad.
Á los viejos como *todo*
Les conviene descansar;
Y el remedio que me pides
Bien te pudiera irritar.
Considerando: por tanto
Que es mejor dejarte en paz
Yo fallo en difinitiva
Diciéndote: No ha lugar.
P. D. — Te agradezco la receta
Porque la pienso aplicar,
Á un joven amigo mío
Que padece el mismo mal.

ELLA.

ANAGRAMA

TURCA:
REZARÉ EL DÍA DOMINGO?

Nombre y apellido de una de nuestras distinguidas niñas.

J. O. C.

Soluciones: — A la frase: *Desechando penas*. A la charada: *Goleta*. Albano Hamilton. Al cuadro: *Mono, olor, nota, orar*. Al acróstico: *Fidela*. A los jeroglíficos: 1.° *Cervantes*; 2.° *Milico*; 3.° *Centenario*. A las preguntas recibimos las siguientes contestaciones á la primera: *Amputar una pierna con la Sierra de las Ánimas; hacer la autopsia á un cuerpo de infantería; operar el apéndice de una obra; y cortar un brazo de mar.* A la segunda: *Pegar un botón á una manga de langosta; vestir el cuerpo del delito; hacer una manga para un brazo de mar. Optamos por las primeras*: Mandaron las soluciones: *Rosita V., Brisa, Aurorita S., Turquesa, Capitán Veneno, Violeta, Artillero 1.°, Parami, Retamosa, Romirs.*

Correspondencia de ROJO Y BLANCO

Tarjetero Postal

Perotti.—Montevideo.—Tiene Vd. razón. Le han escamoteado un verso, dejando su décima convertida en una Mlle. de Lavallière, es decir: en una coja. Ahí va la décima completa, con el verso suprimido, en bastardilla.

Allí todo engendra el verso!
Hasta la brisa es más pura!...
Tiene el cesped más frescura
Y el arroyuelo es más terso.
¡Allí todo engendra el verso!
el ala que tiende el vuelo
la tenue alfombra del suelo
el murmurio de la fronda,
el columpio de la onda,
y la inmensidad del cielo!

C. C.—Nueva Palmira.—Es muy bonito.
Juan Gilaz.—Montevideo.—Por centésima vez repetimos que nos dejaremos cortar cualquier cosa antes que meternos en política.
E. N. G.—Montevideo.—Muy bueno. Irá en el próximo.
M. L. S.—San José.—Le pedimos algo más extenso. La muestra es buena.
Intruso.—Montevideo.—Se publicará.
M. B.—Florida.—Los retratos se publicarán. Las instantáneas son borrosas y no dan para el clisé.
C. D. A.—Montevideo.—Es demasiado fúnebre. Mande otra cosa.
L. M.—Montevideo.—Es interesante, Se publicará.
T. B.—Montevideo.—Sus indicaciones no tienen gracia mayor. Envíe otras, para trasmitirlas al dibujante.
Said-Rios A.—Montevideo.—No sirve.
Julito. — Montevideo. — Tenga paciencia, amigo. Sus fotografías saldrán en dos series completas referentes al Prado y á la villa de Pando.
Andrés Clara. — Montevideo. — Suprimiendo alguna que otra inconveniencia, puede ir.
J. H. C. M. — Montevideo. — Si fuera mas corto, y tratara de otro asunto, y estuviera mejor escrito, se publicaría.
A. X. Z.—Montevideo.—Parece una composición para escuela de 2.° grado. Escriba usted algo mas largo y menos soso... y, entonces .. se verá.
Mortilano.—Montevideo.—Puede ir.
E. L. de C. C.—Montevideo.—Muy agradecido. Irá.
M. R.—Montevideo.—Irá su primer ensayo.
Un suscritor.—Carmelo.—Llegó la carta, pero las fotografías no estaban dentro. ¿Se distrae usted ame nudo?
T.—Tala.—No sirven.
P. R. de A.—Montevideo.—Aceptado.
Fayaca.—Montevideo.—Las manifestaciones cursis del Amor están desterradas de nuestras columnas.
J. C.—Minas.—Disculpado desde luego queda usted, aunque todavía nos preocupa aquello de perecer aplastados por un tren como simples cucarachas.
M. S.—Montevideo. — Envíe el retrato para acompañar al artículo.
J. A. Imirizaldu. — Buenos Aires. — Sirven los juegos de ingenio.
C. N.—Montevideo.—El artículo es de primer orden. Se ilustrará inmediatamente.
G. O.—Montevideo.—Bastante buenos.
E. J. F.—Montevideo.—No tiene interés. Envíe otra cosa, puesto que escribe bien.
Marte.—Montevideo.—Sirve.
J. M. R.—Montevideo.—Tantas gracias! Es muy bonito.
A. N. F.—Montevideo.—Aceptado. Envíe más.
Carlos y Eugenio de Lys.—Montevideo.—Irán.

Sección amena

Rosita V.—En nuestro poder sus juegos. Gracias.
Violeta.—Recibimos. Esperamos más suyos.
Tabaré.—Está bien. Recibimos los nuevos.
Turquita. — Las esquinitas no son para usted, aunque vive en una esquina....
Aurorita S.—Desde hoy en adelante seré menos amable, creo que me irá mejor.
Nardo.—No sirve, y no sirve.
A. B. M. Atillero 1.°. — Bien. Suprima la mitad del speudónimo.
Turquesa.—Ahí va algo. Desde hoy tendrá preferencia.
Capitán Veneno.—Ahora sí estamos. ¿Y la otra?
J. A. Irririgaldez.—Aceptados. Gracias.
Retamosa Ramírez. — Rosario de Santa Fe. — Mande el ejemplar repetido, y se le enviará uno bueno.

Correo Administrativo

L. H. — Treinta y Tres. — En su paquete irá siempre un número de canje para La Cruzada.
B. U. — Rocha. — Desde Octubre 1.° se le envían 10 ejemplares más de cada número. Va carta con la cuenta que pide.
F. R. S.—Villa Artigas.—Con este recibirá los 3 ejemplares del número 1. El número 5 irá tan pronto esté terminado. Recibimos su giro y liquidación.
B. M.—Minas.—Recibimos quince pesos, va carta con liquidación. Se le remiten los números pedidos. Quedan acreditados los números devueltos.
J. C. — Mercedes. — Recibimos liquidación hasta Septiembre. Va carta.
J. C.—Tala.—Recibimos importe de suscripciones de Septiembre 1900.
A. C. — Salto. — En el número 17 de ROJO Y BLANCO, acusamos recibo de su remesa por el mes de Septiembre. Con este van los números pedidos, á excepción de un número 5 que irá pronto.

Á los agentes y subscriptores

Esta Administración tiene en venta los grabados que publica ROJO Y BLANCO, á los precios de 0.50 centésimos, los que no pasen de treinta centímetros cuadrados, y de 0.02 centésimos el centímetro, los que pasen de ese tamaño.

Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

DORNALECHE Y REYES
EDITORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79

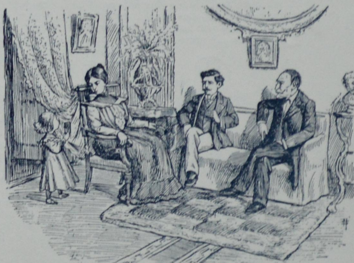
SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año I | MONTEVIDEO, 21 DE OCTUBRE DE 1900 | Número 19

Historia de un retrato

Mi tío Marcial era un viejo solterón que, á pesar de sus setenta, aún conservaba las posturas y los resabios del conquistador que fué en un tiempo.

Dado á narrar sus amorosas hazañas y aún á vanagloriarse de ellas, era para mí tarea grata tirarle de la lengua y hacerle relatar, con el especial colorido con que él sabía hacerlo, historietas de todo género, ya salpicadas de detalles canallescos ó ya impregnadas del romanticismo imperante en la época en que el hombre gastaba aceradas púas y afilado pico. Pero si bien se prestaba gustoso, con manifiesta complacencia, á explayarse sobre ese género de asuntos en cuanto era solicitado para hacerlo, nunca se decidía á narrarme el origen de un viejo retrato daguerreotipo que pendía de la cabecera de su lecho y por el cual mostraba especial predilección y afecto.



Representaba el tal retrato á una hermosa joven de diez y ocho á veinte años, de tez pálida y grandes y rasgados ojos impregnados de dulce melancolía. En suma, una gran belleza;... razón más que suficiente para justificar mi empeño.

Día llegó, sin embargo, en que más apremiado que de costumbre por mis reiteradas instancias, ó más dispuesto á revelar lo que yo consideraba un secreto, se decidió á emprender la historia, haciéndolo de esta manera.

—Pues has de saber, muchacho, que la hermosa joven que está ahí retratada, nada tiene que ver conmigo. Y tan es así, —agregó, notando que yo hacía un gesto de incredulidad, —que ni siquiera conocí el original. No obstante, puedo garantirte que ninguna de las muchas mujeres que he conocido, me ha inspirado mayor ternura.—Y, como picado de curiosidad por tan extraño principio, lo apremiase á entrar de lleno en materia, añadió:—Vas á llevarte un soberano chasco; pues, donde crees encontrar algún *intríngulis* complicado y curioso, te resultará una historieta sencillísima que, ó bien te hará sonreir escépticamente, ó bien, de compartir mis sentimientos, sólo te producirá tristeza.

Nosotros, los viejos solterones, que no hemos conocido ni los sinsabores ni los goces de la familia, obedientes á las leyes que rigen los afectos humanos, en las postrimerías de la vida tenemos que amar con especial predilección á alguien, bien sea una persona, una cosa, ó un animal cualquiera, ya sea un perro ó un gato. Ahora bien, como yo no me he especializado con sér alguno, todo mi amor lo consagro á ese retrato.

Y ahora verás por qué.

Don Juan Delval, el padre de esos jóvenes amigos tuyos, era viudo cuando se casó con misia Clotilde.

—Don Juan era viudo! —exclamé sorprendido.

—Viudo legalmente y viudo del alma, á pesar de que consagró toda su vida á su mujer y á sus

hijos. Y no te sorprendas de ignorar este hecho, porque yo, sin disputa el mejor de sus amigos, recién recibí esta confidencia pocos años antes de su muerte. Pero es más, tanto su mujer como sus hijos conocieron este secreto el mismo día en que Juan murió. Es precisamente debido á los extraños sentimientos que semejante confidencia produjo en su familia, que nació mi afecto por este retrato.

Mi amigo Juan, aun de viejo, era romántico y apasionado: ya puedes imaginarte cómo sería en su juventud. No extrañes, pues, el episodio que te voy á narrar y que, en resumen, no es otra cosa que el efecto de una gran pasión adormecida, despertando con toda su vehemencia en la hora solemne de la muerte.

Pero abreviemos.

Es el caso que, en una de nuestras desgraciadas correrías militares de aquellos tiempos, y, á raíz de una *felpiada* que nos llevó sin aliento hasta la frontera, la suerte nos separó, obligando á mi compañero y amigo á internarse en el Brasil para procurar un poco de descanso y reponerse de las crueles fatigas de una campaña penosa y larga. Expatriado, solo, y falto de recursos por haberse enajenado la buena voluntad paterna, debido á sus aficiones político-guerreras, vagó mucho tiempo por las campiñas riograndenses, hasta que, un buen día, después de mucho ir y venir, encontró cómodo y seguro asilo en una modesta estancia de la que era propietario un viejecito ochentón que en ella vivía, teniendo por toda compañía y familia una hermosa joven de diez y ocho años, nieta suya, que había quedado poco antes huérfana y desamparada.



Ahora bien, si Juan era un buen mozo en toda la extensión de la palabra, Isabel, que así se llamaba la muchacha, tenía todo lo necesario para inspirar una pasión á cualquier otro más frío é indiferente que mi amigo. De grandes y rasgados ojos negros, tiernos y á la vez ardientes como su boca de espesos y rojos labios, imprimía la moza al hablar tal ternura en su musical acento é imprimía á su andar una languidez tan sugestiva, que era imposible prescindir de amarla. Y ella, que allí vivía ignorante é ignorada, ajena á cuanto en el mundo ocurría, desconociendo sus encantos y sus secretos, ante la aparición del hombre en forma que quizá no habría alcanzado á soñar, menos podía vencer su natural inclinación al inmediato objeto de la vida.

Así, pues, verse y quererse, quererse y unirse, fué obra más fácil que hacerse la luz al despuntar el día ó que expandir la flor su vívida corola al dorado beso de un rayo de sol de primavera...

Para mi pobre amigo, fué aquella una dulce tregua á su azarosa vida: ¡días de delicia infinita; tardes de serena ventura; ardientes noches de amor! Dulcísimo y encantador ensueño, capaz por sí solo de perfumar toda una vida, surgiendo como una luz de arrobadora poesía en la noche de los recuerdos!

....

Pero la felicidad completa no forma entre los números del programa de la vida, y, cuando por accidente se presenta, es apenas fugaz relámpago que mata ó deslumbra.

La muerte tronchó el idilio, dejando caer su fría y descarnada mano sobre la pobre Isabel. Pocos meses después de su casamiento, la joven moría en brazos de su amante. Moría al caer la tarde, exhalando como una flor todo su perfume, dejando lo mejor de su alma y de sus encantos grabado con el buril de la pasión en la memoria de mi amigo.

El ensueño se desvaneció, quedando la negra realidad con toda su brutal rudeza. Y Juan huyó, huyó de aquellos santos lugares, con el alma herida, conservando, empero, como una música, aunque muy triste, muy querida, las últimas palabras de aquella que sólo fué para él fugaz visión.—«Quiéreme! Quiéreme mucho! Piensa en mí hasta en tu muerte. Habla siempre conmigo dirigiéndote á mi retrato y enseña á tus hijos á quererme también, para que no desaparezca mi recuerdo».—Eso había dicho ella y eso llevaba él, escrito en el alma.

....

—Como ya lo sabes,—añadió mi tío, después de una pausa para tomar aliento,—Juan se casó más tarde, formando una numerosa familia y siendo un marido y un padre modelos. Su misma mujer, á pesar de lo muy celosa y apasionada que era como buena hija de andaluces, no se cansaba de exaltar las virtudes de su marido y de vanagloriarse de haber sido su único amor.

Pero, sobreviene la muerte de Juan, y éste, aprovechando sus últimos momentos, reabsorbido por sus primitivos sentimientos, cumple los votos de su primera dueña, y narra á los suyos, en aquella hora suprema, el idilio de su juventud, revelando, en medio de amorosas protestas á la compañera de toda su vida y á sus numerosos hijos, el secreto de su ardiente pasión que, como sagrado fuego, se había mantenido vívida, aunque oculta, burlando la acción del tiempo, escudado por espesa capa de cenizas.

¿Qué se le puede negar á un moribundo?

En medio, pues, de angustiosos sollozos y sinceras lágrimas, la familia prometió conservar y aun venerar el retrato que su padre les entregaba, como única materialización de sus amorosos recuerdos. Pero, una vez que el pobre Juan hubo muerto, y apenas fué sacado su cadáver de la casa mortuoria, uno de sus hijos tuvo que ocultar la simbólica prenda, no atreviéndose á destruirla por un legítimo sentimiento de respeto. Aquel retrato era causa de indecible angustia para su pobre madre.

En efecto, aquella imagen era para misia Clotilde la encarnación de una intensa pasión que

ella ignoraba en el hombre amado, pasión poderosa al punto de resurgir con toda la vehemencia de sus caracteres en la hora suprema, frente al insondable misterio de la muerte. La pobre mujer había asistido en aquel terrible momento al derrumbe de sus más caras ilusiones. Se sentía robada, desposeída de todo amor, y, lo que es más, robada de una vida que ya había vivido, desposeída de un amor que ya había amado.



Un Napoleón ?

Hubiese querido resucitar á su marido y juntos volver atrás, revivir el pasado, para luchar contra aquella pasión con toda la suya! Hubiese querido medirse con aquel fantasma hasta ahora desconocido, para realizar su amor y su vida; vida y amor que habían sido para ella tan sólo una ilusión mentida.

Pero sólo le quedaba aquel fatal legado de recuerdos falsos, una larga existencia vacía, y una tempestad de celos juveniles, desarrollándose en un cerebro ya cubierto de plateadas canas. Sin embargo, era creyente; pensaba en la unión eterna á realizarse en la otra vida, y sintetizaba todas sus esperanzas y sus anhelos en una sola pregunta:—«¿Con quién se irá cuando nos encontremos en la muerte?»

....

Cinco años más tarde, de vuelta de uno de mis viajes, visité al hijo mayor de mi amigo Juan. Se había casado con una encantadora mujercita y tenía dos hijas tan rubias y tan simpáticas como la madre.



Dos sanduceros

La conversación giró en el acto sobre los miembros de la familia que se hallaban ausentes. Supe que misia Clotilde se encontraba perfectamente bien, y, como era de esperarse, ya consolada de sus antiguas congojas, algo por el tiempo y mucho por el amor de sus hijos.

Haría como media hora que duraba mi visita, cuando, de pronto, uno de aquellos diablillos con cabeza de ángel que poblaban la casa con sus alegres chillidos, entró corriendo aturdidamente con un retrato en la mano, preguntando en su media lengua:

—Mamita, ¿quién es?

—No sé,—contestó la interpelada, interrogando á su vez á su marido sobre la procedencia de aquella imagen desconocida.

Pero éste, que ya se había fijado en el retrato, sin dignarse mirarlo siquiera, contestó desdeñosamente:

—Una diablura del pobre viejo!



Ah, criollo!

Picado de curiosidad y sospechando de lo que se trataba, quise verlo á mi vez, y, como reconociese en él á la heroína de este cuento, lo pedí para salvarlo de ir al cajón de los desperdicios. Corregía así la ingratitud de aquellos hijos y evitaba que cayese en la tumba del olvido un dulce recuerdo que, por pertenecer á tan tierna como hermosa criatura, merecía perdurar en el mundo de los vivos.

Y ahí está,—concluyó mi tío dando un suspiro. —Cada día crece por él mi afecto, y, cuando pienso en ello, lo que me ocurre con suma frecuencia, me parece que esa criatura vive, que sus ojos se animan y que me sonríe con gratitud, apenándome la sola idea de su total desaparición el día que yo muera. Tú no puedes comprender estas cosas; pero los que no dejamos nada atrás, sabemos que morimos de veras. La muerte tiene para nosotros doble acción. Como viajeros perdidos en un desierto de arena, en vano giramos la vista en derredor para buscar señales de nuestra huella... no hay un solo jalón en el camino!



Tres botijitas

Pronto concluiré, y ese retrato, para todos desconocido, desaparecerá definitivamente, consumido en algún piadoso auto de fe de papeles viejos.

Calló mi tío, y, por su rugosa mejilla de viejo egoísta, rodó una lágrima que, en aquel momento, se me antojó todo un poema de sentimiento.

Entonces me prometí hacer pública esta historia y nació este cuento.

Mateo Magariños Solsona.

Nota ciclista

En el velódromo

Tenemos notas muy interesantes de las fiestas ciclistas con que se ha cerrado la temporada de invierno.—La fiesta de beneficencia celebrada en el Velódromo Uruguayo congregó, como es sabido, en aquel sitio á lo más distinguido de nuestra sociedad. Fueron el más soberbio adorno del Velódromo los grupos de damas que inundaban el palco y la *pelouse*, con los tonos claros de las *toilettes* primaverales, como si hubiesen ido allí, á las puertas de la ciudad, á saludar la entrada de la estación de las flores, viendo revivir la campiña con su caricia tibia y perfumada. El primero de nuestros grabados representa el interesante grupo de señoritas que tomaron parte en el premio llamado de «Las Agujas» y que tuvo grandes atractivos. Consistía el juego en demostrar la destreza de cada niña en enhebrar una aguja que con hilo, por separado llevaba cada ciclista. Éste, al llegar, entregaba los útiles y la dama elegida debía devolver la aguja enhebrada para que pudiera aquél continuar su carrera. Llegado el momento, la señorita Elisa Mackinon fué proclamada vencedora por su destreza. En la elegante prueba acompañaban á la vencedora las señoritas: Adela y Luisa Maza, Luisa Blanco Acevedo y Matilde y María Elena Rodríguez Larreta. El segundo grabado representa á los ciclistas ganadores en el torneo y en el momento de repartirse los premios que otorgó una comisión de distinguidas damas y señoritas organizadoras de la fiesta y que presidía la señora Bernardina Sánchez de Illa.



El premio de "Las agujas"

Como nota ciclista vale bien la pena de ser aprovechado para cerrar estos apuntes, el tercero de nuestros grabados. Es muy general, en los buenos días, pasear en bicicleta hasta Villa Colón, donde se aprovechan las lindas tardes en alegres comidas y romerías. Y en ese mismo domingo de la fiesta del Velódromo, un grupo de ciclistas ajenos al torneo, fueron hasta allí compartiendo las expansiones á que se entregaba el personal de maestros de la Escuela de Artes y Oficios que tienen formada una sociedad recreativa de la que festejaban el segundo aniversario. Hay en la formación un esfuerzo de equilibrio, que se ha conservado por el contacto de todos que tan necesario es en las marchas militares para conservar la alineación. Tal vez pudiera considerarse éste como un ensayo para cuando llegue el momento de emplear la bicicleta en nuestro ejército... Y no hay que asustarse, señores ciclistas, que al fin, nada de particular tendría que pagaran ustedes, así, tributo á una institución nacional que como nuestro ejército es digno de prestigio y reclama para su progreso el esfuerzo levantado de todos los buenos ciudadanos.



Los ganadores

FOT. DE ROJO Y BLANCO.



Ciclistas en Villa Colón FOT. FILLAT.

En la Justicia Militar



Coronel José Visillac

Dos nuevos jefes acaban de ingresar á los Tribunales Militares, con motivo de vacantes producidas en ellos por muerte del general Gervasio Burgueño y del coronel Juan Suárez Gordillo. El general Sandalio Ximénez ha ido á reemplazar al primero en el Supremo Tribunal cuya presidencia entró á ejercer en razón de su antigüedad de ejército, ingresando entonces al de Apelaciones el coronel José Visillac, militar antiquísimo que pertenece al partido nacionalista y que ostenta una foja de servicios meritorios así para la patria como para su causa política. En el Consejo de Guerra ha reemplazado al coronel Gordillo, el coronel don Juan Turenne, otro viejo soldado que inició su carrera al lado del general Venancio Flores y que en los últimos tiempos ha desempeñado el cargo de jefe de edecanes de la Presidencia de la república. Por su carácter, ambos militares pueden considerarse elementos de valer en nuestra Justicia Militar donde podrán hacer pesar en todo caso, la bondad de su temperamento, sin por eso apartarse de los altos deberes que les impone el cargo de que acaban de ser investidos. Cada uno en su esfera han de contribuir en todos los casos, ciertamente, á hacer posible la aplicación estricta de las leyes militares sin hacerlas dolorosamente sensibles, que para eso llevan un buen caudal de experiencia y un gran conocimiento de muchas de las causas generadoras de excesos y perturbaciones que suelen conmover las filas al abandonar los límites de la debida reserva y ser entregados á la sanción de la justicia.



Coronel Juan Turenne



Crepuscular

Anochece: desfloca el Poniente
su crespón de purísima grana,
y en un mar de zafir y topacio,
perezosa la luna se baña.
Con su beso se aduermen las flores;
suspira el arroyo,
besando la playa;
y en los picos serrados del monte,
sollozan los vientos; vigila la garza.
En un mar de tenuísimas ondas,
dilátase el eco
de alegre campana;
de las fuentes murmullo dulcísimo,
y el salterio que rezan las palmas;
los amores que sueñan las vegas,
murmurios de frondas,
retozos de auras;
del zorzal los gorjeos divinos,
con que arrulla el desvelo á su amada.
....
No estoy solo: me cercan las sombras:
sus misterios me roban la calma!....
¡Es grandiosa la umbría en las frondas!
¡Es muy dulce el suspiro del agua!....
En el seno del valle risueño,
se besan las flores
cantando baladas.
De los negros picachos, los cuervos
se descuelgan, graznando, á la playa.
¡No estoy solo! ... Yo escucho rumores
de selvas, de flores,
de fuentes, de auras;
y en las ondas del río parlero,
el remedo de dulce plegaria.
¡No estoy solo!.... Te siento á mi lado:
Tu imagen querida
doquier me acompaña!....
¡No estoy solo!.... ¡Jamás me abandonas!....
¡Te llevo conmigo!.... ¡Te llevo en el alma!

Cake.

Buenos Aires, 9-10-1900.

Ingenuo

Á Juan Carlos Moratorio.

No me quedaba duda alguna: aquella mujer estaba enamorada de mí.

Todas las noches la veía, al salir de la novena, y todas las noches, al pasar casi rozándome, mirábame con una expresión tan indefinible, que me hacía estremecer hasta las más ocultas fibras de mi sistema ultranervioso.

Ella, la cuitada, no era una niña; fácilmente se adivinaba al ver su cuerpo bien desarrollado, su talle un poco grueso, pero elegante, su aire de mujer *jamona* bien salada, y otros detalles que suprimo, porque el lector no será tan ignorante que no sepa distinguir una sílfide de quince años, de lo que se llama vulgarmente una *buena moza*.

Era, pues, una buena moza, no obstante que algunas pocas canas comenzaban á matizar su negro cabello. Su fisonomía no se podía clasificar entre las hermosas, menos entre esos espantajos fósiles que tanto abundan en las misas de primera hora, pero sí entre las simpáticas; punto equidistante de los dos polos, el ecuador en el cual nos detenemos cuando una persona nos gusta y no nos agrada del todo, en cuyo frecuente caso obramos á la manera del célebre asno de Buridán.

Tenía una sonrisa tan amable, tan atrayente (es cualidad de las personas semifeas el usar esas sonrisas), que seduciría al menos predispuesto á ello.

En fin, aquella noche no lo pude resistir: al pasar junto á mi personilla, fué tal *lo sguardo fulmineo* que me dirigió, que me convertí de golpe en *il portoghese ardito* de «La Africana», y echéme á seguirla con verdadero frenesí.

Con el corazón palpitante más de lo regular, con la emoción pintada á brochazos en el juvenil semblante, tembloroso y dando tropezones con los transeuntes, pensaba en esta mujer, que veía por primera vez... ¿por primera vez? En lo más profundo, digo lejano (no conozco la medida del pensamiento todavía), de mi cerebro, apareció la débil sombra, menos que una sombra, la nébula de una reminiscencia, que se esfumó de pronto, al rudo contacto de un hombro mío con un desatento farol de la esquina.

No había duda alguna... yo la había visto en alguna parte; pero...

Al fin llegó á una casa de no mal aspecto, deteniéndose á la puerta.

Pasé por delante de ella casi sin mirarla y haciendo un saludo con la cabeza, pues la voz se me anudó en la garganta, como les acontece á los tontos que han dado en llamarnos dragones, en todos los casos de este linaje.

Arribé á la esquina y... media vuelta; torné sobre mis pasos, y observando que me esperaba todavía, plantéme enfrente de ella y... ya empezaba, según las sacramentales reglas del manual del perfecto dragón, (obra que tengo en preparación) con las palabras impuestas por el uso:



—Señorita... usted-perdona-rá-si-yo-me...e-omo... (hágase de cuenta que los guioncitos son tragos de hiel en polvo).

Cuando ella con todo desparpajo me espetó:

—Che, *dejate* de pamplinas... y no *vengás* haciéndote el chancho rengo... Entrá, si querés, y sino... Parece que ya no me conocieras, mocoso...

¡Caspitinitas! con la *señora*... Aquello era para dejarlo á uno como una *llama helada*.

¡Tanta confianza así, de pronto!... Una sospecha infame acudió á mi mente. ¡Ah! sí.. ¡y qué tonto había sido yo!... Una mujer que salía sola... y que usaba esas expresiones tan elegantes sobre todo... tenía que ser forzosamente de la más acrisolada sociedad.

Y arriesgando el todo por el todo, le dije con toda desvergüenza:

—Sí, pues á eso vengo... á entrar... no pude resistir por más tiempo...

—¡Claro! ya me decía yo: ¿cómo es posible que este marrano de muchacho se tardara tanto en venir á cumplir con la que...?

Está de más, me parece, el advertir que en punto á metáforas y epítetos delicados, era una especialista la *señora*. Y continuó:

—Parece que no me conocieras; te has quedado como un papanatas enfrente mío... *hablá*, pues... ¡Si parece que *sos* corto de genio...! ¡Miren la figura del sietemesino... tan orgulloso y tan seriote! Ya deberás saber...

¡Al diablo con la fulana!

—Sí,—por decirla algo;—ya *sé*, bueno fuera... ¡Cómo no iba á venir á verte!

Seguramente me toma por otro—pensé,—y vamos á aprovecharnos del error.

—Por lo demás—continuó ella,—tu mamá deberá de haberte aconsejado que me siguieras... Era tu obligación, ricura... ¡Ya te acordarás picarón!...

Y dale con las reticencias. Ni yo sabía nada ni menos me acordaba de nada... Y luego aquello de que mi madre... ¡En bonitas cosas se iba á meter mi madre!

Mientras yo reflexionaba, ella me miraba y se sonreía apaciblemente.

—Pero, *hablá, cachafás: ¿querés* entrar, que la noche está fría?

—No—dije yo...—Esa insistencia para que yo entrara... y, á fuer de cortés, contesté:

—No, esta noche no.

—Pero ¡cómo te has vuelto! No eras así, por cierto, cuando yo...

No me pude contener:

—¿Y qué? Cuando tú, qué...?

Rióse fuertemente, y luego:

—¿Te haces el *sonso*, bandallo? Cuando yo... te daba de...

Y yo que la había tomado por una... y yo que había supuesto que... ¡Quién lo había de decir! Aquella mujer buena moza, que andaba sola, que me miraba tan cariñosamente, había sido (hagan de cuenta que me ruborizo) mi ama de leche.

Otto Miguel Cione.

Inédita

Yo quisiera robarle á la natura
La magnífica pompa de sus galas;
Por darte de las nieves la blancura,
Y prestarte del pájaro las alas.

Para orlar á tu frente nacarada
Con la aureola de luz que el sol destella,
Y poner en tu angélica mirada
La chispa luminosa de la estrella!

Que así, para envolverte, mi adorada,
Y ocultarte á la luz como el tesoro,
Te diera de la noche despejada,
El manto negro con estrellas de oro.

Fernando Nebel.

Nuestros caminos



Saliendo del establecimiento

Es una cosa atroz esta de los caminos! exclaman todos cuantos viajan por la campaña. Y en efecto, es archi-atroz este eterno asunto. Parece mentira que cosas tan serias se miren así, como quién no quiere la cosa... Cuento al caso...

Pero un momento antes digamos, con toda sinceridad que algo va adelantándose en cuanto á preocupación de los poderes públicos y que mucho puede esperarse de la organización dada por el señor Ministro de Fomento á las inspecciones técnicas regionales. Y vamos al cuento:

Uno de los más autorizados médicos de nuestra Facultad, que hizo peregrinación científica á la Fuente Salus para constatar allí las propiedades minerales que han dado rápida celebridad á esas aguas, nos decía que era verdaderamente desconsolador ver el estado de los caminos que conducen al Puma; los que no tan solo dificultan, ó casi impiden en invierno el transporte del agua, sino que privan de pensar por el momento en establecer allí una estación balnearia al estilo de las de Vichy, Mondariz, Trian, etc., que abrirían competencia ventajosa á otros establecimientos análogos de países cercanos.

Otras referencias confirmatorias agregaban que el inconveniente de los caminos por aquellas serranías durante el pasado invierno, llegó hasta á imposibilitar por una quincena los viajes de carga. Fué entonces que el capataz del Establecimiento Salus apeló al sistema de carguero en mulas, cuyo ensayo, de resultados salvadores para la empresa, que había pasado semanas enteras sin un cajón de agua en depósito, hará que en los inviernos sucesivos adapte definitivamente ese sistema de transporte, amaestrándose al efecto el número de mulas necesarias.



De regreso á la fuente

Los jóvenes

Mariano Pereyra Núñez (hijo)

La naturaleza se le ha mostrado cariñosa. Si bien se olvidó de dar á su rostro una última mano de blanqueo, en cambio se esmeró prolijamente en adornar su espíritu con todas las selecciones, y le dió una mente robusta y un alma generosa. Y así,—gracias á esta predilección codiciable de aquella misteriosa señora de caprichos universales y primores eternos, cuyo trono es lo infinito,—Pereira Núñez avanza entre nuestra juventud, se impone, domina, ocupa la primera fila, sin dejar tras de sí ni el culebreo de una intriga, ni el latigazo de una protesta, ni la ebullición solapada de las murmuraciones. Para triunfar así, saludado desde lejos por todas las rivalidades en pugna, se necesita ó bien ser una mediocridad adocenada ó bien un temperamento superior, y Pereira Núñez que tiene lumbre fecunda de intelectual y fibra vigorosa de carácter, se ha conquistado un primer puesto, no por la benevolencia ajena, sino por meritorias cualidades propias.

Para llegar hasta aquí, no ha necesitado del barullo, que para muchos es el momento aprovechable. Espíritu sereno, criterio reposado y estudioso, más bien dado á las tranquilidades somnolientas que á la efervescencia del vértigo, alma dulce y poética, visionario del ideal, soñador de lo bello y lo armonioso, ha desdeñado siempre por las decisiones maduras y desapasionadas, los arranques efectistas de los paroxismos de turbamulta. Así desperdicia oportunidades y desaprovecha éxitos pasajeros; pero se va formando una norma invariable; donde planta un jalón lo planta firme; y sigue adelante, concienzudamente, sin celos, sin ansias febriles, ni crispamientos de gloria.

Lo que la naturaleza negó á su rostro, han dado en cambio á su fe de partidario las tradiciones familiares, los vínculos de la amistad y los sentimientos ciudadanos. En etnografía política, debiera clasificársele como un caucásico puro. Sólo que dada esta aplicación de términos, *Fray Martín* (se sabe de que pie cojea), se permitiría discutir la superioridad de los del Cáucaso, sobre los cobrizos de la selva americana... Pero,—dejando esta cuestión un poco molesta por naturaleza, y otro poco pesada por inoportuna,—Pereira Núñez se hace digno de la estima de sus correligionarios, porque sabe dignificar su bandera, y del aprecio de sus adversarios, porque sabe ennoblecer la lucha. Jamás ha tenido palabras atrabiliarias, ni insolencias federales, ni gestos de matasiete. Amando su bandera con tanto entusiasmo como el que más, nunca inmoló víctimas imaginarias en el altar de su religión política; ni concitó el odio y la venganza desde los púlpitos partidarios, ni reclamó nuevas hecatombes de exterminio... Naturalmente que así no habrá logrado la mareante reputación de espíritu fuerte, pero ha adquirido el derecho á ser oído por todos con una deferencia que no se estila para quien, como él, recién llega al término de su carrera universitaria.

Fray Martín.

Pensamientos

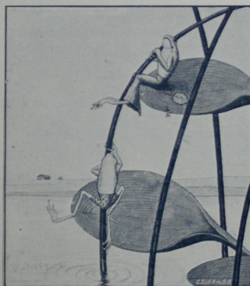
Poco equitativa fué Naturaleza en el reparto de sus dones; pero, si bien se mira, compensó á todo el mundo: la serpiente sacó venenos y el lagarto indefenso sus cuatro patas eléctricamente ligeras; el pez-espada obtuvo un arma de ataque y la tortuga una coraza, cosa que ni el uno pudiera atacar y defenderse al mismo tiempo, ni la otra amurallarse y agredir. En cuanto al hombre, con el poder del ingenio, tomó las dos *ideas naturales*, que andaban errantes y no habían penetrado todavía en cerebro combinador. Y el hombre, asociando la vanagloria del pez y la defensa de la tortuga, hizo de las dos ideas naturales dos armas. Y toda idea natural, toda creación de la naturaleza, fué entrando en la mente del hombre: el fuego fué de lo primero, y el rústico son del caramillo,—sacado del rumor de los cañaverales,—no fué de lo último. Vió el nido pendiente de los árboles é inventó la horca. El hombre era pobre. Nada poseía,—ni aun ideas,—y la madre generosa todo se lo enseñó: la manera de guerrear según las aves y según las bestias feroces; el canto y la letra del canto, dándole por primeros maestros el viento, las hojas y los pájaros. Dióle paisajes para exaltar su fantasía; dióle el sol para la reverencia y el culto; el trueno para que conociera el temor; el dolor para que alejase la muerte! Lo que no quiso darle y no le dará nunca, según las mayores probabilidades, fué la clave del misterio que lo rodea. Todo, menos eso. Dominarás las fieras, los vientos, los ríos, los truenos. Todo podrás reducirlo á tu obediencia, menos el *por qué*, la esencia íntima de las cosas, la causa original. De eso, no sacarás copia.

Víctor Arreguine.

Romeo y Julieta

(IDILIO)







Rojo y Blanco

Al señor Director.

En esta tierra de *rojos*
y de *blancos*, mi señor,
su revista es un primor
que calma viejos enojos;
por eso mi pluma mojo
y le mando estos versitos,
pobres, mal arregladitos,
porque mi mate es escaso
de la yerba del Parnaso
que se nota en sus escritos.
Tenga paciencia, doctor, —
la paciencia es cosa rara: —
el seudónimo me ampara
de sus iras y furor;
si se enoja es *pa pior,*
lejos estoy y entre *minas*,
entre cerros y entre espinas
de la cruz.... y otra más brava....
Conque así, doctor, se clava
si el ímpetu no domina!
Y escuche un poco mi voz, —
mi voz que es bastante clara: —
mido mis versos con *vara*
y no con *metro:* ¡qué horror!
Vea usted, señor director,
mi atrevimiento infecundo;
mas para hablarle me fundo
en un intento supremo,
y por eso es que no temo
aunque me critique un mundo....
Este mi intento, doctor,
es echar mi cuarto á espadas
en su revista afamada,
de *rojo* y *blanco* color;
allí donde el rimador
ó *arrimador*, que es igual,
sin el nombre bautismal,
deja impresos sus renglones
al lado de ilustraciones
que honran la patria oriental.
Si cuento con sus bondades,
mi Director, le enviaré
algo que yo rimaré
de algunas lindas beldades,
que alegran nuestras ciudades
con sus virtudes y hechizo,
á mas de una Dios la hizo
para que en la tierra fuera
flor, perfume, primavera,
remedo del Paraíso!
Otros temas tocaré,
y si acaso inoportuno
me mostrare yo en alguno
ó todos, le estimaré
que al original, usté
lo tome con saña fiera,
lo destruya, haga una hoguera,
ó me lo arroje al canasto,
que al fin es muy poco el gasto
y eso lo olvida cualquiera.
Basta ya, mi buen doctor:
su contestación espero; —
si he sido ya muy *latero,*
tanto para usted peor;
si yo no encuentro lector
á mis líneas desiguales,
me dedico á hacer bozales
ú otra prendita campera:
negocito que aquí afuera
proporciona algunos reales.

Minas.

Minuano.

Rincón azul



Es una sultana vestida de parisiense. Y si de sultana tiene los ojos oscuros y radiantes, de parisiense la elegancia y la gracia. Su belleza deja una impresión profunda al par que misteriosa: profunda porque para el artista es el Mahoma. El Romeo que ella elija será de seguro más feliz que el de Verona.

Si la Naturaleza ha sido pródiga al concederle una espléndida belleza, no menos generosa ha sido al dotarla de hermosas cualidades. Así, y llevando uno de los apellidos más ilustres y respetados del país, tiene que ser y es de las preferidas, de las que tienen su puesto de primera fila





ideal, para el poeta una de esas visiones que atravesaban los naranjales de la Alhambra en las noches de luna, para el filósofo la expresión más acabada de la obra perfecta; y misteriosa porque al que quiera averiguar lo que hay tras los ojos oscuros, queda deslumbrado como si mirara al sol. Sin embargo, la mirada picaresca y la sonrisa tentadora engañan, porque tras esa deliciosa cabeza de negros rizos, solo hay bondad é inteligencia y la belleza de la niña es sólo el complemento de la hermosura de su alma.



Cuando pasa, linda y elegante, va triunfando inconscientemente y hasta en el retrato luce su sombrero el penacho blanco, del que podría decirse que sino conduce á la victoria, al que lo siga, como al de Espartero, puede señalar en cambio el camino del cielo... aunque sea el de en la alta sociedad. La inteligencia y la bondad que posee, bien merecen irradiar por sus lindos ojos azules y esfumarse en la expresión poética de su rostro, coronado por los resplandores de sus cabellos rubios. La distinción y la elegancia son el natural complemento de su cuerpo de diosa, que reune las opulentas altiveces de la hermosura á las delicadezas exquisitas de la gracia.

También es esta otra niña de las más lindas y elegantes, entre las que figuran en nuestra sociedad. Tiene el aire serio y la gracia correcta de una *lady*, pero en sus ojos verdosos vaga esa expresión ingenua y afectuosa que refleja la pureza del alma y la bondad de sentimientos. En el retrato, su linda cabeza parece uno de esos esbozos que los grandes pintores trazan en sus horas

de excitación artística y las líneas delicadas de su rostro parecen la obra genial de un escultor. Su cabellera castaña semeja la natural corona de su belleza, algo así como los sedosos estambres de una flor que mece su corola sobre el tallo gentil. Por su apellido y por méritos propios, es de nuestras niñas más distinguidas y más apreciadas. Su bondad y su hermosura están pues en ambiente digno de ellas.

Abuh Amer.

Vida callejera

—Mirá: de que la mujer tenga cualisquier otro defeto, yo no mi-aparto; pero qu'es superioraza y trabajadora, hay que decirlo, ché, por qu'es la verdá. Dejate de partes; vos la estás desajerando porque no rola con vos; pero sé parcial y confesá la partida, porque últimamente vos sos hombre y no chorizo, y el hombre, ¿sabés? debe ser liberal y derecho.



—No jeringués, ché! avisá si me vas á retar y si sos el tata pa alabanciarla tanto...

—No soy el tata, pero esa nu-es custión pa que no diga la verdá.

—Jesús... la losa qué refalosa! al cuete no t'entusiasmás tanto vos, ché; mirá que yo te conozco. Qué me vas á decir á mi, tan luego, lo qu'es la mujercita esa, si yo he hablao mucho con ella! Antes de que vos ni soñaras conocerla, la conocía yo, y conocía á la madre, qu'es cocinera de la casa de un dotor de leyes, y conocía al hermano qu'está afanau en la Penitensaria por fino, y conocía á otra hermana que se juyó con-un alfayate.

—Y qué tengamos con que vos la conoscás más primero que yo? Pero vos anduvistes adetrás d'ella una punta é tiempo y t'estuvo consintiendo hasta que te chifló la del espiante. Y aura, claro! vos estás como tigre, y le sacás al diablo pa ponerle á ella. Eso es lo qui-hay en plata!

—No me tirés con la tapa é la tinaja, ché.... Ella, me costa saberlo, pa que sepás, se anduvo cajatando de que yo la palpitaba... pero ni fóforos...

—No arrugués, no arrugués... En el patio todos lo saben; y el *zurdito*, sabés, el hijo de la capataza, aquel muchacho que si-alzó con la hija del bolichero, me lu-á dicho una montonera de veces. Pero esa nu-es la custión: la custión es que la mujercita vale, qu'es trabajadora, y que pa un mozo como yo le viene como limosna á un pobre ó como espejuelos á un bisco.

—Y á mí qué... si mañana m'embarco pa San José? Qué m'importa que vos te apalabrés con ella y t'entendás á tu gusto, mula? Yo no la viá mantener ni le viá comprar las pilchas... Si á vos te gusta, ché, arrimá el carro, que para mí... la cola es pecho y el espinazo cadera!

—Hablá no más, hablá no más, y hacete el que le jugás risa; pero si la mujercita te dijera: quiero, sin pestañar le echabas flor. Garantido... pura uva. Porque, desengañate, la mujercita, por más que digás lo que quieras, es de las que mandan truco y da golpe en cualisquier lau.

—Y di-áhi, por qué no le comprás caramelos?

—Algo más tamién l'he de comprar, pa que vos rabiés...

—Y con qué me fréis dos güevos?

—Con qué? con mi plata, amigo!...

Yo, hermanito, entre los gallos mi arrollo! Si vos tenés pa tantas misas, que ti-aproveche y no t'empachés, que lo qu'es por mi parte... mujer ofrecida y caballo bichoco... que los ensille Calengo!

Agapito Quincoces.

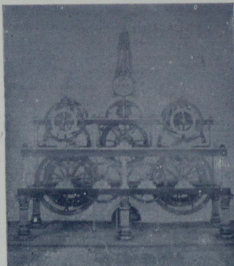
El reloj maragato

Ofrecemos hoy á los lectores de Rojo y Blanco, una nota de actualidad sumamente interesante, por referirse á una obra que hace honor á la República, y especialmente á la ciudad de San José.

Nos referimos al gran reloj que se inauguró en la ciudad maragata el 25 de Agosto último. Esta espléndida máquina fué mandada construir en Europa por el distinguido mecánico don Luis de Amilivia, especialmente para la iglesia de San José. La máquina fué hecha en Suiza, y las campanas en Inglaterra. La campana de las horas tiene 2 metros de altura y 1 metro 60 centímetros de vuelo; pesa 3.300 kilogramos y se oye regularmente á cuatro leguas á la redonda con cualquier viento. La máquina tiene 2 metros 50 centímetros por 1 metro 50 centímetros de base y 3 metros de altura. Las ruedas mayores tienen 90 centímetros de diámetro y las esferas 3 metros cada una.



Luis de Amilivia



La máquina



Los reguladores

Tiene dos reguladores compensados á mercurio, uno en marcha y el otro de reserva. Tiene también sus correspondientes pararrayos de láminas fusibles, comutadores de dirección, y puede comunicar la hora por medio de hilos, á 200 relojes colocados á cualquier distancia en la ciudad.—Este notable reloj, que, como hemos dicho honra á los maragatos, ha costado la respetable suma de 8,500 pesos, y ha sido instalado por el nombrado señor don Luis de Amilivia, cuyo retrato ofrecemos á los lectores.

Á la realización de esta obra han contribuído especialmente, el cura párroco de San José, doctor Norberto Bentancur, la comisión de damas maragatas encargada de la Rifa-bazar, fundada con ese fin, el señor Amilivia y otras muchas personas que también han prestado su concurso. Á los maragatos les cabe la honra de poseer el mejor reloj de Sud-América, según opiniones autorizadas.

El nuevo ministro ruso

En la semana anterior presentó sus credenciales al gobierno, y fué reconocido en su carácter de ministro plenipotenciario de Rusia en los países del Plata, el caballero Alexis Speyer, cuyo retrato publicamos.

El representante del Czar es un diplomático distinguido, no sólo por los servicios prestados en su carrera, sino por sus condiciones personales y su vasta ilustración.

Al representar oficialmente al gran imperio ruso en estos países, es también un ejemplar selecto de esa sociedad moscovita, caballeresca y culta, que conocemos y apreciamos al través de las obras de Turgueneff y Tolstoi.

Por otra parte excusado es decir que la diplomacia rusa en nuestro país—si bien llena las fórmulas internacionales de la representación, no ha de tener qué hacer gran cosa con nosotros. Nuestros intereses no chocan nunca con los intereses de la Rusia.



Cav. Alexis Speyer

Visiones de tragedia

GETHSEMANÍ

La noche fresca y azul de Judea descendía plácida sobre el refugio perfumado por el olor de los árboles jóvenes, y cercano cantaba el Cedrón su eterno canto dormido, cuando Jesús se arrodilló bajo los olivos de Gethsemaní y llegó la cara al suelo, empapado en el intenso fervor de su ensueño.



En la paz del huerto perfumado, bajo la santa palidez del cielo, toda la visión de su destino surgió en su espíritu y tocó su carne estremeciéndola con un espasmo de rápido frío.

Alzóse. Cuanto vive dormía en torno de él. Al arrullo del canto de agua del Cedrón dormían los discípulos sobre la hierba. Sólo velaba el grande espíritu del Maestro.

La visión de sus dolores le encogió las carnes con el sagrado terror de la muerte, y en la noche callada exhaló leal su grito de congoja:

«Padre, si quieres, pasa este cáliz de mí; empero, no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

Y en tanto que el Cedrón y los olivos seguían cantando su eterno dúo de rumores y perfumes en la fresca noche de Judea, aquella visión sangrienta fué desarrollándose vívida y cruel, y ante ella creciendo la intensidad de la oración, mientras el cuerpo en agonía fecundaba con sudor de sangre las raíces de los árboles jóvenes.

Entonces el espíritu, sublimándose en las cumbres infinitas del éxtasis, llegó á flotar libre en las sombras, y finalmente la plegaria, á impulsos del fervor del martirio, arrancó hacia lo alto en el silencio estrellado, y difundiéndose como amplia bendición á la humanidad dormida en el eterno verso del éter tranquilo, consagró en un instante augusto el misterio de la redención.

Llena la mirada de diafanidades de ensueño, Jesús se alzó en la majestad de su misión y miró al frente.

Rumor de voces y lejano golpear de aceros venía del lado del Cedrón.

Ilustrado con un apunte del cuadro de Liska «La oración en el huerto».

EL CAMINO DE JERUSALÉN

Dejando otra vez dormido el huerto en la santa paz de la noche estrellada, de aquella noche en que descendió sobre él la solemne hora del misterio cumplido en la soledad de su retiro, hora suprema que debió hacer flotar para siempre bajo los olivos de Gethsemaní algo como un silencioso asombro de la naturaleza al paso de lo sobrenatural; dejando otra vez dormido el huerto al arrullo del Cedrón, los soldados emprendieron el camino que cruza el torrente. Este camino llevaba á la puerta del sur de la muralla pasando por el Moriah, y lo siguieron todos en silencio, marchando como sombras entre el inquieto resplandor de las teas.

Iba en el centro Jesús, ya inmutable, lleno el espíritu de la grande convicción de su destino, mirando á la distancia, hacia Jerusalén, evocada de las sombras nocturnas como ciudad ideal del martirio; el aire, cada vez más fresco, agitaba con tranquilo aleteo su mansa cabellera rubia, descubriendo una frente blanca y serena, con blancura de hostia y serenidades de ensueño; la línea del perfil, casi augusto, difundía paz en el espacio, y el andar marcaba aquel ritmo de santa nobleza que marcaran los pasos del Maestro cuando posaba la desnuda planta en las rientes campiñas de Galilea.



Rodeábalo el grupo de soldados y auxiliares del Sanhedrín llevando antorchas en alto, y más atrás, á lo lejos, perdidas en la oscuridad del camino, dos figuras seguían en silencio la comitiva: Pedro y Juan, los rudos discípulos, que iban tras el Maestro bueno como corderos huérfanos tras la huella del pastor.

Así fueron todos andando sin ruido hacia el Moriah, por cuya falda corría el camino, y pasaron entre los sepulcros, fantásticamente bañados

un momento por los rojizos fulgores de las teas que flameaban inquietas dando extraño aspecto á aquella procesión silenciosa andante en la noche de oriente con un prisionero pálido y rubio, de ojos azules y frente soñadora; un prisionero que parecía una azucena robada por una cuadrilla de raposos.

Al salir del camino de los sepulcros alcanzó Pedro á ver cómo uno de aquellos hombres de la comitiva daba al nazareno un empuje que sacudió toda la noble figura sin romper el silencio de su luminosa abstracción.

Luego, dejando atrás la montaña, y siempre en silencio, abriendo á su paso las sombras con un breve resplandor sanguinolento de las antorchas, seguidos siempre por los dos galileos huérfanos del Maestro que las sombras guardaban al cerrarse tras la comitiva, subieron la cuesta de Ofel y entraron por fin en la ciudad dejando flotantes en la soledad del camino ecos de silencio, de ese silencio elocuente que flota en los lugares por donde ha pasado una visión.

Composición sobre un dibujo de Huertas.

Arturo Giménez Pastor.

Tipos populares

"Puchito"

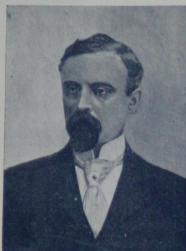
Ahí está: como lo veían ustedes antes, repartiendo saludos, cuando salía todas las tardes á tambalearse por las aceras, en la desagradable tarea de recoger colillas de cigarros, seguido por una caterva de pilletes que le ensordecía con su vocerío estridente: «Puchito! Puchito!» Y el pobre atorrante, al oir el mote, se revolvía furioso, como una víbora á la cual pisaran la cola. Con la cara descompuesta, con una chispa de odio en la nube de sus ojillos grises y llorosos, apenas perceptibles detrás de las ásperas rugosidades del párpado; con un rictus trágico en los labios babosos, el pobre *atorrante* estiraba su cuerpo enfermizo y enclenque, y de su misma desesperación sacaba agilidades de mono y rabias de gato montés, para arrojarse sobre la chiquilinada fastidiosa. El infeliz, en esos momentos, era temible. Cuando sus débiles piernas no le daban para alcanzar á la caterva fugitiva, desabrochaba el *saco* mugriento y lleno de lamparones, metía la mano entre la rota camisa y el velludo pecho, y de aquel depósito de zoquetes de pan, de papas ó cebollas recogidas en el piso de los mercados, sacaba algún pestilente proyectil que enviaba con certera mano á las desbandadas filas enemigas... Pasaba sus pocas horas de felicidad sentado en un banco de la plaza Independencia, dejando acariciar su semi desnudez por el calor del sol, rascándose como cualquier filósofo la áspera y revuelta cabellera, que bien necesitaba un lavaje (o) bicloruro insecticida... Siempre con el pucho en la boca, no hacía más que gruñir como un perro soñoliento, cuando el vintén de la limosna caía sobre su callosa mano, maquinalmente tendida al transeunte, y era difícil saber si estaba despierto, si estaba dormido, ó si gozaba las delicias de una de esas embriagueces que se hacen grandes á fuerza de *chiquitas*, y se pescan con *caña*... en las trastiendas de las pulperías... ¿Qué se ha hecho nuestro héroe? ¿Vive? ¿Murió?... No lo sabemos. Hace tiempo que no le vemos zigzaguear á tropezones por la calle del Sarandí, y lo lógico es suponer que ha caído ya, para no levantarse más, sobre el estercolero en que, como Job, revolvía las miserias de su existencia. ¿Pero quién se ocupa de estos vencidos de la vida, de estos ínfimos, de estos seres anónimos, que turban con su tristeza lúgubre, — como intrusos molestos, — la algazara febril de los felices?... Nadie, ni siquiera el pillete *Cucaracha*, distinguido vendedor de diarios, á quien habiéndole preguntado yo por el *Puchito*, me contestó ayer: —«Mire, *don*: me *paise* que á ese *pucho* se le acabó el tabaco. No quisiera mentir; pero, *pa mí*, que ya *cantó* el viejo *pa el carnero!*»

Fix.



El autor de "Quo Vadis?"

EL novelista de moda entre nosotros, como en todos los países, es el polaco *Henrik Sienkiewicz*, autor de esa admirable obra *Quo vadis?*, que ha hecho universal la fama del que era ya el primer escritor de Polonia.



Henrik Sienkiewicz

Sienkiewicz nació en 1851 en Lituania. Empezó por ser un novelista de transición entre la escuela romántica representada por Kraszewski y los realistas; pero no tardó en sobrepasar á todos por su genio y por su potencia admirable de asimilación.

El análisis moral de *Sin dogma* y *La familia Polaniewski;* las escenas populares y el realismo idealista de *Hania*, *Sanko*, *Bortet*, etc.; el dominio incomparable de la historia y el talento plástico; en *Por el hierro y el fuego*, *El Diluvio* y sobre todo en *Quo vadis?* y en la última de sus producciones *Los cruzados*, lo caracterizan como un escritor de condiciones tan variadas como excepcionales. Él ha venido con *Quo vadis?*, — que es una obra de verdadero sentimiento, una maravillosa producción artística para los que saben leer bien y una novela á la vez encantadora y emocionante para todos los lectores, — á sacudir los espíritus en el final del siglo de Walter Scot, de Balzac, de Dickens y Zola y á ver su fama volando por sobre todas las naciones, recordando con su nombre muy polaco á la nación que sino existe para la diplomacia y las Potencias, es reconocida con todas sus glorias y sus tradiciones donde quiera que el amor á la libertad y el derecho conservan un culto, aquella Polonia que cantara dos generaciones de poetas y que aún hoy es evocada como símbolo de las desgracias y desventuras patrióticas por los jóvenes que balbucean sus primeras estrofas ingenuas y entusiastas.



Elías Meiffren

Elías Meiffren

La nota artística de la semana ha sido, — fuera del Ateneo de Montevideo con sus exposiciones — la presentación del distinguido artista Elías Meiffren, que en el bazar de Maveroff ha presentado sus notables marinas y acuarelas en las que se muestra intérprete de admirable precisión. No hacemos elogio mayor; presentamos simplemente al artista cuyas obras ha admirado estos días nuestro público, y á quien el viernes han obsequiado con un banquete sus admiradores. Como primicia literaria de la fiesta realizada en su honor, ofrecemos el hermoso soneto de nuestro clásico Guillermo P. Rodríguez leído magistralmente por el doctor Juan Zorrilla de San Martín:

Si su alma á mi alma le prestara
El intenso sentir de la belleza,
Y de un poder oculto la grandeza
Su paleta en mi lira transformara;

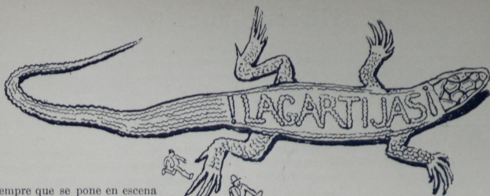
Oh! ¿qué canto á mi canto se igualara
Con tantas notas de sin par pureza?
¿Tuviera otro cantor naturaleza
Que con con más esplendor la interpretara?

Mas, ¿para qué escuchar la lira mía?
¿No es poeta el artista que ha grabado
En notas de color tanta armonía?

Y escuchando esos cantos que ha elevado,
¿No sentís la explendente poesía
Del poema eternal de lo creado?...

Guillermo P. Rodriguez.

Octubre 19 de 1900.



Siempre que se pone en escena «La Verbena de la Paloma» insiste en asegurar el señor boticario que:

«Hoy las ciencias se adelantan
que es una barbaridad.»

Y tiene razón, porque es una barbaridad como adelanta hoy la ciencia, en la república Argentina por lo menos.

¡Un médico, un sabio!... ha descubierto allí hace algunos días al tan buscado, tan discutido remedio del cáncer en la persona de la lagartija, tan conocida, tan despreciada, tan inofensiva. Oh! no se rían.... ni aún se sonrían ustedes, que la cosa harto demostrada está por la teoría, y bien probada ha sido por la práctica.

Teóricamente, ha defendido la posibilidad del invento, nada menos que el doctor Holmberg (toda una eminencia científica y literaria) el cual ha escrito bajo su firma que el doctor Penna destruye el cáncer con la lagartija por la misma razón que Hipócrates destruía á los microbios con el fuego y con el humo;—prácticamente pueden atestiguar la eficacia del procedimiento multitud de personas que fueron cancerosas y han dejado de serlo; y aún pudiera afirmarse que el descubrimiento cuenta con la aprobación eclesiástica en vista de que monseñor Jentillini, prelado doméstico de su santidad, recomienda el específico con todo fervor. Receta: cuando el caso es incipiente, puede el lector tragarse dos lagartijas, sin la cabeza y sin la cola; cuando el mal es mayor, bueno será apelar á un lagarto con cabeza, cola y todo, y si bien dudan de consuno el doctor Penna, el doctor Holmberg y monseñor Jentillini de que llegada la enfermedad á su último grado, pueda curarse! ¿por qué desesperar, si á grandes males, grandes remedios y si la naturaleza generosa nos brinda con la pequeña lagartija el inmenso yacaré?

No terminaremos este artículo especialmente destinado á aconsejar á los cancerosos que coman lagartijas, sin pedirles, por favor, que no las coman. Serán muy buenas como remedio para el cuerpo enfermo... pero ¿y el alma, señores? ¿y el alma? Porque han de saber ustedes que en el Levítico, cap. XI, prohibe terminantemente el Señor, por boca de Moisés, que los hombres comamos lagartijas (prohibición que hace extensiva á los cocodrilos en el vers. 30) y nada ó muy poco ganaría el lector en levantarse de la cama para no poder sentarse nunca en una silla, según pena impuesta en el *Deuteronomio* cap. XXVIII versículo 27 al 30.

Por lo demás—digamos también y con entera franqueza—á nosotros ni un comino nos inporta que un cristiano se desayune con uno ó dos ejemplares del inofensivo animalejo. Este asunto, en lo que de culinario tiene, se reduce á simple cuestión de gustos, lo mismo que si se tratara de carne de picana ó costillar para el asado y de falda para el puchero. Y aún sobre la cuestión gustos estaría, en último extremo, la cuestión apetito! Lo que se puede afirmar es que para comer lagartijas, se necesita tener ganas... ó tener cáncer. Según el estado de avance en que éste se halle, debe ser la cantidad del específico que acaba descubrirse, aunque, á decir verdad, nosotros creemos que no ha de causar mayor trastorno lagartija más ó menos!

Seven.

Hʻuecuŋ-rucá [1]

La primavera, que todo lo despierta, al desperezarse del letargo en que las temperaturas bajas la habían postrado, anunciándose pródigamente engalanada, sacudía la naturaleza de un ser que con ella dormía, esperando para bullir, los tibios y perfumados eflúvios, que producían aquella conmoción de tan dulce despertar.

La nieve que de valles y lomas se ha diluído á las primeras caricias de Febo, aparecía cubriendo los picachos mas elevados de los Andes, semejando fantásticas Vestales, que desde su asiento contemplaran el animado concierto de lo creado.

De Occidente á Oriente, corre en sensible rumbo el hermoso valle de Teca, donde *Shaihueque* y su tribu tienen establecido el aduar; desenroscándose en el centro como inmensa sierpe de cristal, el río que le da nombre, que nace en la Montaña Verde, y se extingue en el Chubut.

Á orillas del tranquilo río, en los toldos que se levantan en la margen derecha, desde el amanecer se nota movimiento inusitado: lo motiva el culto de una costumbre. En la noche que precedió, Shai-hueque, el cacique más prestigioso de la región, tenía mandado emisarios, á las tolderías de los de menos renombre: *Foyel*, *Sagca-mata*, *Salpú*, *Quilcha-mal*, *Can-quel* y *Ñancú-che*, para celebrar con resonancia, un suceso ocurrido en gente de su tribu.

Clara luz meridiana iluminaba la escena. El sol irradiando de lleno el panorama, hería la nieve de la montaña abrupta, despidiendo rayos de fina llovizna plateada. Las fragosidades que en lontananza forman marco á la planicie, se alzan majestuosas, cubiertas de blanco ropaje, desgarrado de trecho en trecho por girones caprichosos; descubriendo una vegetación de esmeraldas, que destaca agradablemente de aquel símbolo de pureza.

El tiempo, desplegando sus más lujosas galas, se adhiere generoso al bullanguero festival. No obstante, á la sonriente alegría que empezaba á desbordar, se le abre un enojoso paréntesis.

La cordialidad que reina en toda aglomeración indígena, afianzada en el *Coyatun* [2] de los caciques, fué interrumpida. Can-quel, mandatario *tehuelche*, cabeza de una raza que tiende á desaparecer, al llegar al aduar, eludiendo convenios de urbanidad, no *topó* su caballo con el del dignatario Foyel. Más que desaire, era un reto lanzado á la faz del soberbio, que otrora, presentando batalla al general Villegas, despreció el poder conquistador.

Con esa aureola, que realza el prestigio nativo, Foyel, que lleva con altanería sus ochenta años, y que tiene secuaces que le obedecen, no podía sin desdoro, disimular que el tehuelche Can-quel, á vista de los suyos y de la *Zomó-ché* [1] que tomó en reciente matrimonio, lo ultrajara, quebrando leyes de cortesía.

El estridente *Huarulún-eichán* [2], lanzado por el desairado *Hulmén* [3] y repetido por el eco, se reprodujo con bronco murmurio, como si cada devuelta frase fuera coreada por seres misteriosos, que la superstición nativa atribuye á genios de ultratumba, que producen el bien ó el mal: — Si el eco es claro, *topáis suerte;* si cavernoso, Hualicho [4].

La turba congregada, al grito, se agitó en confuso torbellino, distendiéndose y replegándose en movimientos articulados: unos saltando sus briosas cabalgaduras, y otros haciéndolas caracolear con maestría; obedientes á sus caciques, esperaban el choque jefaturial, para lanzarse airados en pos de ellos.



Can-quel y Foyel, montando inquietos redomones, que se revuelven al contacto del acicate, parado uno frente del otro, despidiendo chispas

(1) Fiesta que celebran en la Patagonia, los araucanos, al conocer la pubertad de la mujer.

(2) Parlamento.

(1) Mujer.

(2) Grito de guerra.

(3) Cacique.

(4) Diablo.

sus pequeñas pupilas, encendido el rostro, echando espumarajos aquellas bocas nerviosas de rabia, temblorosos los cuerpos, y agitados los pechos por el odio que en ellos ardía, terminaban de balbucear el terrible *Caiñelú* (1), al tiempo que Shai-hueque, advertido del estallido, se interpone arrogante, ofreciendo paz.

La diplomacia de Shai-hueque, que, atrayendo al tehuelche, había calmado las arisqueces de su tribu, conjuró la rebelión, que se cernía cargada de odios.

Era la primera vez, después de la hecatombe de *Lanieu* (2), que por el influjo de Shai-hueque, *manzaneros* (3) y tehuelches se avenían á parlamentar. De aquella sangrienta jornada, de la que salvaron del cautiverio escasas familias tehuelches á la ley del vencedor, Can-quel mantenía el recuerdo heredado de sus antepasados, que vivieron enseñando y esperando venganza.

El parlamento celebrado, — preliminar de toda fiesta indígena, — por Shai-hueque, con los caciques de su raza, fué menos laborioso que el sostenido con Can-quel.

Esta ceremonia, en la que lucen los oradores sus condiciones parlamentarias, es escuchada con religioso respeto, por los circunstantes, que forman rueda á los *leaders*, que con gesto helado, y sin afectar modales, con palabra reposada, y bien timbrada entonación, desarrollan planes y forjan ardides de refinada cancillería. La barbarie tiene sus políticos y la civilización sus caciques.

Los lazos de amistad que acaban de apretar los caciques, hace renacer la alegría de la gente que rodea los fogones, sahumados por el jugo de suculentos *churrascos*.

Declinaba el día con una puesta de sol, que presagiaba un mañana de claros y puros celajes.

(1) Desafío.
(2) Campo de la muerte.
(3) Araucanos.



El rojo encendido que teñía el horizonte, dominaba, sobresaliendo de los demás tonos, que embellecían el firmamento.

La retina y el oído agradablemente impresionados, percibiendo el mecánico movimiento de la materia, en la hora que con supremo esfuerzo las últimas claridades pugnan por imperar, eran testigos de la vida que por llanos y lomas circulaba, vivaqueando un saludo á la naturaleza.

El bramido de la fiera, que siente el fuego de los celos para perpetuar su especie; el relincho del selvático corcel, que resuena en el espacio, proclamando el reinado de su estirpe; el mujido de las res bravía que se vigoriza con el calor que pone en actividad su sangre, alternan en extraña sinfonía, con los gorjéos del ave canora, con las sonoridades del torrente y el sordo tronar de los volcanes!

Tocados por secreto resorte aquellos seres de pálida tez, sobrecogidos de religioso silencio, de pie, descubierta la cabeza, y baja la vista, dieron frente al sol, que, cual candente ascua, semi-oculto entre colosales asperezas, incrustado en el límite de dos pueblos, coloraba como por mágica transición, infiltrando la púrpura de su disco, á la nieve secular de los Andes!

La fórmula crepuscular que prosternó á tan ingenuos creyentes, fué ejecutada con gran fervor, en el toldo del acatado Hulmén, donde sus tres mujeres, ha dos días, tienen sustraída á las miradas de propios y extraños á *Pirrén* (1), nieta de Shai-hueque, é hija de su primogénito *Cachul*. Muchas lunas hacía que la tribu esperaba que aquel lozano retoño, el mas linajudo de su raza, floreciera, para invitar á los naturales de la comarca al Huecun-rucá.

Las tres favoritas alhajadas con prendas escogidas, pintados los rostros de *copçiú* (2) y *lempçá* (3),

(1) Nieve.
(2) Pintura mineral azul.
(3) Pintura mineral amarilla.

se disponen á levantar el encierro de Pirrén, quitándole las matras que la cubren, para presentarla á la avidez de los espectadores, que esperan con fruición aquel fruto sazonado por los años.

Prende el *chamal* amarillo de la hija de *Cachul*, enorme alfiler de plata, labrado con dibujos groseros; aros descomunales adornan sus orejas, que la tensión del peso alargan hasta adelgazarlas. Tan caprichosas joyas, son trabajadas á martillo por artífices indígenas.

Serena, grave, con venerable beatitud, haciendo signos cabalísticos, la *Machi* (1) adelanta hacia la muchedumbre, que fanática ni respira; se detiene, exorciza al Demonio, evoca á *Hunechen* (2) y cae en largo arrobamiento para reavivarse por grados afectando languidez, envuelta en espirales de humo que á modo de incienso, produce en su honor la mas virtuosa *Güe Zomó* (3).

Por predicción de la Machi, Pirrén será buena: se consagra con tiempo sereno.

(1) Adivina.
(2) Dios.
(3) Mujer joven.

Va á coronarse el espectáculo. Hiere el aire el agudo sonido de la corneta, simulando una prolongada *atención;* y otros toques *guerreros* señalan la hora de la exhibición, el minuto psicológico, el que entraña la mas estúpida costumbre. Á estos remedos militares, sigue el desenfrenado alarido de la turba, que se incorpora con ademanes especiales al séquito femenino, que lleva en alto á Pirrén, encaramada en un palo.

Cubierto el rostro con una tela roja, flotando al aire su áspera cabellera, y haciendo esfuerzos para no caer, vence la debilidad de dos días de vigilia, para soportar heroicamente á la cohorte brutal, que desfila ante ella, para observar una ley fisiológica.

Honores tan singulares, tributados á la obra que concluía de completar la naturaleza, significaban la presentación social de aquella flor agreste, que se consagraba de mujer.

Pirrén á partir de ese momento, después de traer al toldo su primer carguita de leña, podría tomar mate y... ser pretendida.

P. Mones.

Las Piedras, Abril 19 de 1900.



Confraternizando

Dos bonitos fotograbados tienen ustedes á la vista, que reproducen animada fiesta celebrada el domingo último entre orientales y argentinos, en la vecina capital, en la isla Demarchi. Se trata de jóvenes muy apreciables de uno y otro país, cuyo comité forman los señores Miguel Tellechea, Domingo Spil, V. Wullich, Mario J. Rossi, V. T. Tellechea y Agustín Rossi. La fiesta organizada tenía un programa interesantísimo que se llenó en todas sus partes y que fué completado con juegos atléticos de toda índole. El almuerzo tuvo caracteres de un gran festival en que magnífica orquesta amenizaba los momentos de obligado silencio. Á la música siguió el canto — los aires criollos, del joven Alfredo Casenave, cuyas producciones, hasta entonces inéditas, fueron acompañadas á la guitarra. Y después del almuerzo, la música y el canto, la hermosa fiesta de confraternidad fué completada con animado baile hasta llegar las primeras sombras de la noche. Á la fiesta de que hablamos concurrieron las familias de Rossi, Molinari, Tellechea, Spil, Casenave, Wullich, Arancedo, Geoghan, Trenco, Carenzo, Cordo, Riverós, Domínguez, Moen, Isola, Arias, Laffont, Guaxa y muchas otras que no están en la memoria de nueetro activo corresponsal en Buenos Aires, á quien exclusivamente debe Rojo y Blanco la reproducción de las fotografías que empiezan y cierran esta ligera nota social.

El pic-nic en la isla Demarchi

Teatrales.—Las tres gracias

Constituyen el atractivo mayor de los espectáculos que ofrece al público la compañía que al presente actúa en *San Felipe*, tres tiplecitas graciosas, finas, discretas, que han conseguido galvanizar los dormidos entusiasmos de la afición por el género *chico*. Son las tres *gracias* de Orejón (el padre), y las únicas que pueden rivalizar con las *gracias* — mucho más numerosas de Orejón *junior*. Matilde Linares es el prototipo de la belleza española, mientras que las hermanas De Gasparis representan gloriosamente los encantos de la belleza italiana. Miento: porque, si bien Zema podría servir de modelo, como otra Fornarina para cualquier cuadro de *Madonna* sentimental, Irma, con sus ojos vivarachos, con su nariz respingadita, con su reir gracioso, encarna mejor al tipo de la parisiense, pizpireta y alegre, *summum* de elegancia, de malicia y de ingenio. Las niñas, dicen, cantan y bailan á la perfección, y hoy en día, son tres tiples completas, seguras, irreemplazables. Lo difícil es decir cuál de ellas es la mejor. Sería cosa de echarlo á la suerte, y aun así, creo que la *Suerte* se vería en figurillas para pronunciar *l'ardua sentenza!*



Zema



Matilde



Irma

Orquídea.



TIRANDO.....

La nota más interesante de la última quincena son sin duda, las *tiradoras*, apreciables jóvenes importadas por un empresario que entiende de la Biblia, el señor doctor Taff, antiguo bajo de ópera, jubilado, y doctor en far macia, según lo afirma el interesado y así lo aseguran los que pueden saberlo.

El doctor Taff ha abandonado sin pena las artes y las ciencias, que no le daban más que laureles, buenos á lo sumo para utilizarlos en el escabeche, para dedicarse á una industria más lucrativa: la de ad estrar á algunas jóvenes bien parecidas, en el noble ejercicio del tiro al blanco. Adiestradas las niñas, y como no podría ser muy duradero el interés que inspirara al respetable público el verlas tirar siempre, aunque todos los tiros dieran en el centro, el doctor Taff ideó formar un *sport*, ó sea un jueguito de apuestas mutuas, dividiendo en grupos á las tiradoras, señalándose cada grupo por un color distintivo: verde, azul, rojo ó blanco.

Mediante una modesta cuota de 50 centésimos, todos los aficionados al tiro, pueden hacerse propietarios de un boleto de apuesta del color que prefieran.

De la suma total de los boletos vendidos se forma un dividendo, que se entrega á los felices poseedores del color gananancioso, previo un descuento, también modesto, del diez por ciento sobre el importe de venta.

Y así resulta, al final de cuentas, que todos, tiradoras, espectadores y empresario, concluyen por *tirar* algo: las señoritas amaestradas *tiran* al blanco; los compradores de boletos *tiran* algunos reales; y el empresario doctor Taff, *re-tira* el diez por ciento de las apuestas.

De donde se deduce que el doctor Taff es, sin disputa, el mejor *tirador* de la compañía.

Y á la verdad que el espectáculo es interesante y se puede concurrir á él aunque sea sin ánimo de *tirar* nada, sólo por el placer de admirar, en el ejercicio de sus funciones, á *Josefina* la seria; *Teresina* la esbelta y de los grandes ojos negros; *Cinta*, la hermosa de los cabellos de oro; *Joaquina* la pequeña, risueña y graciosa, que (debo declararlo en secreto) tiene sorbido el seso á un amigo mío; *Matilde*, la del cuerpo de hada; *María*, la simpática y graciosa; *Enriqueta*, la amable, distinguida y bondadosa; *Anita* la intrépida y hermosísima; y hasta *Remedios*, la adusta y grave, que indudablemente oculta bajo la aspereza de su exterior un corazón noble y generoso. El espectáculo es interesante, ya lo hemos dicho.

En el gran salón de la Cervecería *La Paz*, propiedad de nuestro amigo Bión (que, entre paréntesis, también debe *tirar* algo), se ha establecido la Academia de tiro.

Hay dos secciones: la de la tarde y la de la noche.

La primera no es la más concurrida: sólo algunos desocupados, y otros que viven de rentas, pueden permitirse el lujo de asistir; de manera que el *tiro* es pobre y el *re-tiro* casi insignificante; pero de noche la concurrencia afluye extraordinariamente, y la pizarra señala una venta, también extraordinaria, de boletos.

¡Aquí del doctor Taff, que dará por bien empleado su retiro *bel canto* y de la farmacia, para dedicarse á la más lucrativa tarea del tiro al blanco! Renunciamos á describir en sus detalles las sesiones del tiro, por faltarnos espacio y tiempo, y porque, como á pesar de la propaganda de la prensa, que ha dado en el tema de considerar aquel jueguito como juego de azar (que lo es, aunque no lo parezca); y de la resolución de la Junta que lo prohibe, y de *La Nación* que lo anatematiza, la cosa continúa y continuará Dios sabe hasta cuándo; cualquiera puede concurrir á presenciarlo sin que le cueste un centavo, salvo que caiga en la tentación de comprar algunos boletos. Bastará con decir que es digno de notarse el entusiasmo de la concurrencia, á veces muy numerosa, por las apuestas; la actitud correcta, seria, modesta y tímida de las tiradoras, colocadas bajo una especie de fanal de madera y cristales, situado en el centro del vasto salón; mientras los empleados encargados de la venta recorren las filas al grito repetido de: *¡boleto, señores! ¡boleto! ¡boleto!!* Y empiezan los pedidos: «¡cuatro azules!, ¡tres rosados!, ¡cinco blancos!» Entre tanto el doctor Taff pasea airosamente su pequeña, pero erguida persona, en el espacio vacío que media entre el blanco y el fanal de las tiradoras, muy correcto dentro de su *jaquet* de largos faldones, con el pescuezo aprisionado por un cuello de no venta y nueve centímetros de altura, y acariciándose suavemente la menuda barbita rubia recortada en forma de V. Un empleado, encargado del control, exclama: «¡hay cuarenta rosados!, ¡treinta y cinco azules!, ¡treinta y nueve blancos!» Y el doctor Taff lo repite, y agrega: «¡Por la última vez, señores; ¡treinta y cinco azules!, cuarenta rosados!, ¡treinta y nueve blancos!» —¡Boleto! ¡boleto! ¡¡boleto!!, gritan entretat no á voz en cuello los vendedores. Hasta que por fin resuena la palabra sacramental, pronunciada por el director, que da por terminadas las apuestas, exclamando el doctor Taff con voz grave y campanuda, que recuerda sus antiguas aficiones artísticas, y con un acento de autoridad que nadie puede contradecir: —¡¡Hecho!! Y ya está hecho el juego; y salen una á una las tiradoras; y colocándose airosamente á cinco pasos del blanco, empuñan la carabina, y tiran; y pegan, ó no pegan; y hacen más ó menos puntos, concluyendo por ganar el blanco, el azul ó el rosado. Algunos mal intencionados aseguran que gana el que conviene; pero esas apreciaciones no pasan de ser *habladurías que hablan por ahí*, como dice aquel personaje de la zarzuela. Y puesto que la Dirección de Impuestos ha expedido patente limpia á la empresa del tiro, aunque la Junta proteste, y mientras la Jefatura Política no sabe qué resolución adoptar, es del caso decir: —¡Al tiro, caballeros, al tiro! ¡á ver tirar á las tiradoras! ¡á tirar algunos reales!... y á admirar sobre todo al bajo-farmacéutico doctor Taff, que nos está tirando lo más artística y farmacológicamente de los bolsillos.



Modesto Pequeño.



La exposición de "affiches" en el Ateneo

El doctor Pedro Figari, cuyas aficiones artísticas corren parejas con una actividad y un entusiasmo capaces de remover montañas, como la fe evangélica,—acaba de probarlo organizando en el Ateneo una exposición de *affiches*, cuyo éxito es indiscutible y que ha venido á demostrar, por una parte el aprecio que esas manifestaciones artísticas modernas tienen entre nosotros, y por otra que es posible encaminar al público por los senderos del arte nuevo. El arte no se limita ya á las antiguas manifestaciones, sino que se infunde en toda la vida y, como acaba de demostrarse en la Exposición de París, tiene acaso sus expresiones más originales en los productos industriales, los muebles y las joyas, como en los *affiches* que, vinculados al comercio y á la industria, han venido á constituir un nuevo género, con cultivadores especiales y con solicitantes y aficionados tan universales y numerosos como resulta de la Exposición del Ateneo. Á la vez que la exhibición de *affiches* extranjeros se ha realizado un concurso de modelos nacionales, no sólo de ese género, sino también de membretes y otras producciones á las que es posible unir el arte. Por su programa y por la forma en que se ha realizado la iniciativa del doctor Figari, está destinada á ser de notable resultado y á cumplir una verdadera misión educadora en cierta parte del público que, dotado de aficiones artísticas, no encuentra ó no tiene los medios de satisfacerlas.

Como demostración de la importancia de la exposición, damos dos vistas: una del salón de conferencias y otra de uno de los salones que se llama la Exposición de Lemos, porque este distinguido coleccionista presenta allí ejemplares selectos y numerosos que despiertan el mayor interés.



Pagando impuestos



Esta es una de las escenas más frecuentes en las aceras de la Junta, cuando llega el duro trance del pago de contribuciones é impuestos. Durante quince días las proximidades del palacio municipal están ocupadas por un gentío impaciente que hormiguea junto á las puertas, en que hacen centinela dos guardias civiles para regularizar la entrada. ¡Todos quieren ser primeros! ¡Ninguno puede perder tiempo!... Los agricultores que han abandonado la labranza, los vendedores que han venido al Mercado antes del alba y no han podido volver aún á la chacra con el precio de las brocolis, del salsifí y de las lechugas; el cochero que ha dejado su destartalado cupé al cuidado de un amigo, mientras él viene á pagar la patente, — todos aprietan, se empujan, abren cancha á codazos, para ahorrarse unos minutos de fatigosa espera al rayo del sol, hasta que, al llegar á los umbrales de la oficina, el milico puesto de facción, un indio alto como la torre de la Matriz, los detiene con un gesto rígido, diciéndoles: — «Amigo ya *le'dicho* que *espere el turno!*... Vaya que tienen *priesa* estos gringos *pa* soltar los cobres!»

Necrológicas

En los días últimos ha tenido que lamentar nuestra sociedad la pérdida del coronel don Agustín Urtubey, viejo y valiente militar afiliado al partido nacionalista, y que durante más de medio siglo vino tomando participación en nuestras luchas civiles, donde contrastaba su valor en la pelea con su magnanimidad después de ella y su nobleza para con los adversarios. Bravo y bueno, el coronel Urtubey pudo ser citado siempre como ejemplo. Eran en él tan poderosas sus convicciones, que viejo y enfermo ya, no titubeó un instante en prestar su apoyo personal á la revolución del Quebracho, en que figuraba la mayor parte del elemento joven del país, lleno de vida y de vigor. El patriotismo hablaba muy alto en él, y el viejo soldado acataba sus mandatos sin calcular el peso y los inconvenientes de los años. El partido político á que pertenecía, ha tributado al viejo soldado y buen ciudadano, á la hora de su muerte, justo homenaje á sus relevantes méritos cívicos y partidarios.



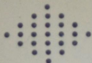
Coronel Agustín Urtubey

Otro militar, todavía joven, ha caído también en los últimos días, dejando huella entre sus compañeros de ejército, — el coronel don Juan Suárez Gordillo, miembro del Consejo de Guerra Permanente, que si no se distinguía por sus hazañas guerreras podía considerarse un elemento de valía en la rama de la administración á que había dedicado sus esfuerzos y su inteligencia en los últimos años. El coronel Gordillo era hombre apreciado especialmente entre sus colegas de corporación, en la que su temperamento moderado y su consejo sereno predominaron más de una vez imponiéndose por la sensatez de su argumentación.



Coronel Juan Suárez Gordillo

ROMBO



Consonante.
Mineral.
Verbo.
Cacique.
Sustancia resinosa.
Capital.
Consonante.

MIMOSA.

CHARADA

Á Matusalén.

Con los años que tu tienes
Harás buena *prima tres,*
Y rosquitas delicadas,
Que me gustan con el te,
Si tres cuatro bien cocidas
Mándame unas cuatro ó seis.
Mas se me ocurre una cosa
Que remediar no podréis:
¿Si tienes el horno frío,
Como las vais á cocer?
Necesitas de mi auxilio
Y te voy á proteger,
Mandándote *dos tercera*
Para poderlo encender
La receta que me pides
No la puedo despachar;
No la considero propia
De los hombres de tu edad.
Á los viejos como *todo*
Les conviene descansar;
Y el remedio que me pides
Bien te pudiera irritar,
Considerando: por tanto
Que es mejor dejarte en paz
Yo fallo en difinitiva
Diciéndote: No ha lugar.
P. D. — Te agradezco la receta
Porque la pienso aplicar,
Á un joven amigo mío
Que padece el mismo mal.

ELLA.

ANAGRAMA

TURCA:
REZARÉ EL DÍA DOMINGO?

Nombre y apellido de una de nuestras distinguidas niñas.

J. O. C.

Soluciones: — A la frase: *Desechando penas.* A la charada: *Goleta.* Albano Hamilton. Al cuadro: *Mono, olor, nota, orar.* Al acróstico: *Fidela.* A los jeroglíficos: 1.° *Cervantes;* 2.° *Milico;* 3.° *Centenario.* A las preguntas recibimos las siguientes contestaciones á la primera: *Amputar una pierna con la Sierra de las Ánimas; hacer la autopsia á un cuerpo de infantería; operar el apéndice de una obra; y cortar un brazo de mar.* A la segunda: *Pegar un botón á nna manga de langosta; vestir el cuerpo del delito; hacer una manga para un brazo de mar. Obtamos por las primeras:* Mandaron las soluciones: *Rosita V., Brisa, Aurorita S., Turquesa, Capitán Veneno, Violeta, Artillero 1.°, Paramí, Retamosa, Romirs.*

Correspondencia de ROJO Y BLANCO

Tarjetero Postal

Perotti. — Montevideo. — Tiene Vd. razón. Le han escamoteado un verso, dejando su décima convertida en una Mlle. de Lavallière, es decir: en una coja. Ahí va la décima completa, con el verso suprimido, en bastardilla.

Allí todo engendra el verso!
Hasta la brisa es más pura!...
Tiene el cesped más frescura
Y el arroyuelo es más terso.
¡Allí todo engendra el verso!
el ala que tiende el vuelo
la tenue alfombra del suelo
el murmurio de la fronda,
el columpio de la onda,
y la inmensidad del cielo!

C. C. — Nueva Palmira. — Es muy bonito.
Juan Gilaz. — Montevideo. — Por centésima vez repetimos que nos dejaremos cortar cualquier cosa antes que meternos en política.
E. N. G. — Montevideo. — Muy bueno. Irá en el próximo.
M. L. S. — San José. — Le pedimos algo más extenso. La muestra es buena.
Intruso. — Montevideo. — Se publicará.
M. B. — Florida. — Los retratos se publicarán. Las instantáneas son borrosas y no dan para el clisé.
C. D. A. — Montevideo. — Es demasiado fúnebre. Mande otra cosa.
L. M. — Montevideo. — Es interesante. Se publicará.
T. B. — Montevideo. — Sus indicaciones no tienen gracia mayor. Envíe otras, para trasmitirlas al dibujante.
Saïd-Rios A. — Montevideo. — No sirve.
Julito. — Montevideo. — Tenga paciencia, amigo. Sus fotografías saldrán en dos series completas referentes al Prado y á la villa de Pando.
Andrés Clara. — Montevideo. — Suprimiendo alguna que otra inconveniencia, puede ir.
J. H. C. M. — Montevideo. — Si fuera mas corto, y tratara de otro asunto, y estuviera mejor escrito, se publicaría.
A. X. Z. — Montevideo. — Parece una composición para escuela de 2.° grado. Escriba usted algo mas largo y menos soso... y, entonces .. se verá.
Mortilano. — Montevideo. — Puede ir.
E. L. de C. C. — Montevideo. — Muy agradecido. Irá.
M. R. — Montevideo. — Irá su primer ensayo.
Un suscritor. — Carmelo. — Llegó la carta, pero las fotografías no estaban dentro. ¿Se distrae usted ame nudo?
T. — Tala. — No sirven.
P. R. de A. — Montevideo. — Aceptado.
Fayaca. — Montevideo. — Las manifestaciones cursis del Amor están desterradas de nuestras columnas.
J. C. — Minas. — Disculpado desde luego queda usted, aunque todavía nos preocupa aquello de perecer aplastados por un tren como simples cucarachas.
M. S. — Montevideo. — Envíe el retrato para acompañar al artículo.
J. A. Imirizaldu. — Buenos Aires. — Sirven los juegos de ingenio.
C. N. — Montevideo. — El artículo es de primer orden. Se ilustrará inmediatamente.
G. O. — Montevideo. — Bastante buenos.
E. J. F. — Montevideo. — No tiene interés. Envíe otra cosa, puesto que escribe bien.
Marte. — Montevideo. — Sirve.
J. M. R. — Montevideo. — Tantas gracias! Es muy bonito.
A. N. F. — Montevideo — Aceptado. Envíe más.
Carlos y Eugenio de Lys. — Montevideo. — Irán.

Sección amena

Rosita V. — En nuestro poder sus juegos. Gracias.
Violeta. — Recibimos. Esperamos más suyos.
Tabaré. — Está bien. Recibimos los nuevos.
Turquita. — Las esquinitas no son para usted, aunque vive en una esquina....
Aurorita S. — Desde hoy en adelante seré menos amable, creo que me irá mejor.
Nardo. — No sirve, y no sirve.
A. B. M. Atillero 1.°. — Bien. Suprima la mitad del speudónimo.
Turquesa. — Ahí va algo. Desde hoy tendrá preferencia.
Capitán Veneno. — Ahora sí estamos. ¿Y la otra?
J. A. Irririgaldez. — Aceptados. Gracias.
Retamosa Ramirez. — Rosario de Santa Fe. — Mande el ejemplar repetido, y se le enviará uno bueno.

Correo Administrativo

L. H. — Treinta y Tres. — En su paquete irá siempre un número de canje para La Cruzada.
B. U. — Rocha. — Desde Octubre 1.° se le envían 10 ejemplares más de cada número. Va carta con la cuenta que pide.
F. R. S. — Villa Artigas. — Con este recibirá los 3 ejemplares del número 1. El número 5 irá tan pronto esté terminado. Recibimos su giro y liquidación.
B. M. — Minas. — Recibimos quince pesos, va carta con liquidación. Se le remiten los números pedidos. Quedan acreditados los números devueltos.
J. C. — Mercedes. — Recibimos liquidación hasta Septiembre. Va carta.
J. C. — Tala. — Recibimos importe de suscripciones de Septiembre 1900.
A. C. — Salto. — En el número 17 de ROJO Y BLANCO, acusamos recibo de su remesa por el mes de Septiembre. Con este van los números pedidos, á excepción de un número 5 que irá pronto.

Á los agentes y subscriptores

Esta Administración tiene en venta los grabados que publica ROJO Y BLANCO, á los precios de 0.50 centésimos, los que no pasen de treinta centímetros cuadrados, y de 0.02 centésimos el centímetro, los que pasen de ese tamaño.